



Revista Alternativa Nº 12, 2022

**TRANSFORMACIÓN TERRITORIAL DEL VALLE DE PARAVACHASCA
(PROVINCIA DE CÓRDOBA): EXTRACTIVISMO, DESPOJO Y ESPERANZAS
AGROECOLÓGICAS**

Alejandro Caminos. Doctorando en Estudios Sociales Agrarios (CEA-UNC). Correo electrónico: alejandrocaminos@yahoo.com.ar

Resumen

El valle de Paravachasca atraviesa un proceso de transformación territorial afectado por las maniobras de acumulación y expansión que el capital genera en esta crítica fase. En ese marco, en el presente artículo se analiza el modo en que la expansión urbanística que vivencia este territorio reproduce la racionalidad económica de la modernidad, fundante de los extractivismos actuales, y utiliza mecanismos constitutivos de la reproducción y expansión del capital como el de la acumulación por despojo. Se afirma que el proyecto urbanístico en la región comparte características de los extractivismos pero, en este caso, se apropia de valores que se le asignan a lo rural y lo natural, los convierte en valores transables en el mercado inmobiliario y los extrae hasta suprimirlos. A su vez el despojo se dio con mecanismos diversos que produjeron que las tierras que estaban mayormente en uso por sectores productivos quedaran en manos de especuladores inmobiliarios. Esta transformación tiene importantes impactos sobre la naturaleza y la vida, en un territorio que se desagrariza. Pero, a la vez, un heterogéneo tejido social desarrolla un proceso de “reagrarización”, en el que la producción de alimentos y de la vida rural se recrea con características propias de la agroecología.

Palabras claves: Paravachasca; Extractivismos; Urbanización periurbana; Reagrarización; Agroecología.

TERRITORIAL TRANSFORMATION OF THE VALLE DE PARAVACHASCA (CÓRDOBA PROVINCE): EXTRACTIVISM, DISPOSSESSION AND AGROECOLOGICAL HOPES

Abstract

The *valle de Paravachasca* is going through a process of territorial transformation affected by accumulation and expansion maneuvers that capital generates in this critical phase. The analysis focuses in the way in which the urban expansion that this territory experiences, reproduces the economic rationality of modernity, which founds the current extractivisms, and uses mechanisms constitutive of the reproduction and expansion of capital such as accumulation by dispossession. It is stated that the urban project in the region shares characteristics with extractivism schemes but, in this case, it appropriates values that are assigned to rural and natural resources, converting them into tradable values in the real estate market, and extracting them until they are vanished. At the same time, the dispossession occurred with diverse mechanisms, which caused the lands that were mostly in use by productive sectors to remain in the hands of real estate speculators. This transformation has important impacts on nature and on rural life in this territory suffering "deagrarianization". But at the same time, a heterogeneous social fabric develops a process of "reagrarianization", in which food production and rural life are recreated with characteristics of agroecology.

Key words: Paravachasca; Extractivisms; Peri-urban urbanization; Reagrarianization; Agroecology.

Introducción

La crisis que atraviesa el sistema capitalista en la actualidad lo ha movilizad o a redoblar sus esfuerzos por subsistir y continuar acumulando. En este contexto los neoextractivismos emergen renovando y profundizando la racionalidad económica, sustentada en las creencias y supuestos de la modernidad, a la vez que actualizando mecanismos constitutivos del capitalismo, basados en el despojo y en la explotación de la naturaleza convertida absolutamente en mercancía.

En este marco, y particularizando estas características, los procesos a escala social de apropiación de la tierra y de acondicionamiento para su uso residencial que ocurren sobre las periferias urbanas y los espacios rurales transformados en accesibles, se suman al acervo de artilugios de acumulación que posibilitan la expansión del capital en este momento histórico. En este fenómeno se enmarca la realidad que acontece durante las últimas décadas en algunas regiones rurales de Latinoamérica en las que el crecimiento poblacional, en el marco de proyectos urbanísticos, va afectando gravemente a las cuencas hídricas, la flora y la fauna, y en general a los modos de vida, mientras el capital acumula por vía de la valorización y venta de las tierras.

Sin embargo, tal como afirma Massey (2003), el mundo se construye "en relación", y estos procesos vinculados a las manifestaciones globales del capital, lejos de reproducirse de manera armoniosa y homogénea, se van constituyendo con las particularidades de cada lugar, encuentran resistencias y nuevos modos de (re)producir la vida y el territorio que generan procesos fértiles para la germinación de nuevas relaciones. Así, en espacios vividos en diversas latitudes, emergen luchas en defensa de los territorios y contra el avasallamiento de la Madre Tierra, y en este marco la agroecología ha venido a nutrirlos y a constituirse en punto de encuentro que aglutina "esfuerzos populares para enfrentar la injusticia distributiva, la depredación ambiental, la insalubridad alimentaria, el hambre y la desnutrición, y el desplazamiento de poblaciones campesinas a las ciudades y la creciente proletarización de habitantes rurales" (Giraldo, 2018: 123).

El presente trabajo se propone analizar el proceso que atraviesa el valle de Paravachasca en el marco de las transformaciones que acontecen en las últimas tres décadas. Se pretende realizar una aproximación con el objeto de desentrañar las particulares formas en que se expresa aquella racionalidad materializada en los proyectos extractivistas y el despojo que confluyen en el territorio, impulsados por el capital agropecuario y el inmobiliario. A la vez, se procura reconocer las fuerzas vitales que, de manera tenue pero sostenida, buscan emerger desde la esperanza.

En una primera instancia se propone una descripción de los cambios acontecidos en el territorio. Con este objetivo, se presentan algunos aspectos transformados en el marco de los cambios productivos y urbanísticos, anclados a su vez en procesos históricos más antiguos. Para ello se recuperan observaciones, datos estadísticos y aportes compartidos en entrevistas a diferentes actores en el marco del trabajo de campo llevado adelante desde proyectos investigativos y de intervención, implementados fundamentalmente desde la Asociación Civil GETAL.

En una segunda instancia se argumenta y se busca comprender el modo particular en el que se expresan elementos propios de la racionalidad económica intrínseca a la estrategia extractivista de acumulación, haciendo foco fundamentalmente en la conversión en valores de cambio que se realiza sobre algunas ponderaciones asignadas a la naturaleza y a lo rural del territorio. Posteriormente, y con el mismo sentido, se analizan las características propias que adopta en esta región la acumulación por despojo, entendida como constitutiva y permanente dentro de la estrategia de reproducción del capital.

En este contexto de grave afectación a las relaciones sociales, afectivas y económicas; a la vida humana y no humana que forma parte del territorio, se desenvuelven las experiencias relacionadas con la vida y con la territorialización de otras identidades que se presentan en el cuarto apartado. Hacia el final, se concluye con la valoración de la potencialidad transformadora de estas prácticas y *sentipensares*, en la medida que no sean cooptados de manera total por parte del capital y logren integrar principios sociales que guíen hacia la emancipación.

Postales de un paisaje no tan particular

El valle de Paravachasca se ubica en el centro de la provincia de Córdoba, 35 km al sur de la ciudad capital, con la cual se comunica mediante la Ruta Provincial N°5 (RP5). Al Oeste lo limita el extremo meridional del cordón montañoso de las Sierras Chicas, y hacia el Este se expande en una llanura que se funde con la Pampa Argentina. La denominación de *valle*, más que responder a un accidente geográfico, se origina en políticas de promoción de áreas o circuitos por parte de estamentos gubernamentales vinculadas al turismo. El vocablo *Paravachasca* descende de la lengua comechingona y significa “monte enmarañado”; probablemente los antiguos pobladores describían así las características de esta región que en la actualidad conserva aún algunos reductos de aquella maraña de flora y fauna de bosque serrano.

Durante el siglo XXVII y gran parte del XVIII, en estas tierras se implantaron estancias administradas por las órdenes religiosas de Carmelitas y Jesuitas; estos fueron expulsados del imperio español en el año 1763, lo que dio origen a un proceso de fraccionamiento de la titularidad de estas grandes extensiones, que se desarrolló sin pausa durante los siglos siguientes dando origen a estancias menores y a los poblados actuales. Es así como desde sus inicios el proceso de apropiación y división de la tierra estuvo signado por el despojo, primero a la población indígena y posteriormente a los jesuitas por medio de la fraudulenta Junta de Temporalidades (Juncos, 2009).

Durante el fin del siglo XIX y principios del XX, algunos cambios territoriales comenzaron a profundizarse. Algunos migrantes, principalmente allegados de países de Europa, adquirieron tierras de entre 70 y 400has, fundando algunas estancias en las que produjeron frutas, cereales, leche y derivados, con mano de obra local y vinculadas al mercado regional (Mazzuco, 1998). Pero, a su vez, comenzó a desarrollarse localmente un cambio vinculado a la emergencia de la práctica turística, ejercida inicialmente por parte de la creciente elite agroexportadora del país (Maffini, 2022). La vía de ferrocarril, tendida desde Buenos Aires hasta Alta Gracia en 1891, y la construcción de importantes infraestructuras para el alojamiento, se convirtieron en un impulso para consolidar la región como destino turístico.

Pero a partir de la década de 1930, con el crecimiento y fortalecimiento de la clase obrera a nivel nacional, el turismo comenzó a masificarse y “pasó de forma creciente a estar asociado con el descanso vacacional de los sectores trabajadores y medios, como instancia de recuperación física y psíquica necesarias para un desempeño laboral óptimo durante el resto del año” (Maffini, 2022: 146). De manera coincidente, otros autores que recuperan la historia local de Paravachasca describen en este periodo importantes fraccionamientos de la tierra, afirmando que

alrededor del núcleo original de la estancia de Anisacate y por la delimitación de veinte loteos, se crearon las áreas urbanas que nacieron con un sentido netamente turístico, en la cual se establecieron numerosos pobladores estacionales. Se radicaron además colonias y complejos de vacaciones de distintos gremios de diferentes provincias, se crearon los campings, balnearios, confiterías y negocios que dieron fama a la región del Anisacate (Moreschi, 2014: 12)

En torno a algunos complejos turísticos se desarrollarán pequeños caseríos, como ocurre en Barrio Costa Azul (actualmente dentro del ejido de Anisacate), y en los poblados de Dique Chico y La Serranita. A su vez algunas localidades y parajes tienen

su origen en estos loteos, tal como ocurre con Villa La Bolsa, fundada a partir del fraccionamiento de la Estancia El Descanso en el año 1945; o Villa Montenegro, que proviene del correspondiente a la Estancia Santa Adela ubicada sobre la actual RP5.

Sobre los planos de vastas extensiones de tierra que otrora se utilizaron para producir, se trazan líneas que dividen lotes, calles y plazas. Las encargadas del fraccionamiento y comercialización de los lotes emergentes, son empresas (*Compañía Inmobiliaria Sierras y Valles, Sociedad Anónima Tierras y Turismo Anisacate, Compañía Urbanizadora Alta Gracia*, entre otras) que promocionan la oferta fundamentalmente en Buenos Aires. Pero la mayoría de estos precoces proyectos de urbanización se frustran comercialmente y quedan vastas extensiones sin alambrados, producciones ni habitantes. En ese sentido, es paradigmático el caso de Valle de Anisacate, cuya historia es recuperada por el escritor y dibujante Oscar Salas (2022) quien plantea que en su proceso de investigación se encuentra con que

la loteadora fracasó en la venta de terrenos y con el tiempo desapareció; ... en el lugar quedaron un puñado de viviendas de familias cordobesas que venían en los veranos, y otro tanto de familias de trabajadoras y trabajadores que, tras esas primeras tareas [de desmonte, trazado de calles y lotes], decidieron echar raíces en este lugar.

Los nuevos pobladores, junto a los habitantes más antiguos, confluyen en el territorio generando una trama social donde las producciones agrarias se inmiscuyen en la vida local. Entre los más antiguos están los que desarrollan producciones a pequeña escala con trabajo doméstico, y trabajadores de las estancias que realizan “el cuidado de los animales, la desflorada del maíz, el desmalezamiento, los alambrados...”, como relata el Sr. Pereyra nacido hace 78 años en la zona serrana del valle. A su vez muchos de los que van llegando se vinculan con producciones rurales, como describe el Sr. Villareal, de B° Villa Río de Anisacate, quien cuenta que al llegar “en 1972 a nuestro terrenito, no había nadie, era todo campo, empecé a tener mis gallinas y sembrar los alrededores de la casa con zapallo y maíz, claro, había algunos que ya tenían sus animalitos y que sembraban campos más grandes...”. Efectivamente, aquella tierra fraccionada y que no se vendió, paulatinamente va siendo habitada con fines productivos, conformando predios de 0,5 a 40hectáreas¹.

Este modo de relacionarse con la tierra y los mecanismos de su apropiación, se convierten en un factor fundamental para comprender los cambios ocurridos en la

¹ Estos datos surgen del relevamiento realizado por la Asociación Civil GETAL en los barrios del Oeste de Anisacate

década del 90' del siglo XX, cuando la reestructuración productiva del país comienza a expresarse localmente y la urbanización a desarrollarse con mayor fuerza. Ambos procesos demandan tierras, y particularmente aquellas que están en posesión por parte de estos sujetos.

Efectivamente, en esta década que la actividad productiva de las estancias locales comienza a transformarse al ritmo de la utilización cada vez más generalizada de las semillas transgénicas y de la tecnología que la acompaña. Si bien la soja ya era el cultivo predominante en el departamento Santa María, la producción en su versión genéticamente modificada, junto a la de maíz, crecen y llegan a ocupar un 85% del territorio cosechado². De esta manera, la superficie cosechada total aumenta, la propiedad de la tierra se concentra en menos establecimientos³ y la vida local se desagraria paulatinamente.

El avance de esta agricultura se evidencia desde los mapas satelitales en la desaparición de las islas de monte que existían en la llanura, en el acercamiento de las líneas de cultivo a las costas de los ríos y a la frontera de la zona urbana de los pueblos. Esto último implicó algunos casos de despojo de las tierras de aquellos que las habitaban sin títulos dominiales, como lo relatan algunas familias de los barrios del Este de Anisacate y de Valle de Anisacate, pero también afectó las capacidades productivas domésticas y de pequeña escala. En estos mismos relatos, y en el de las organizaciones vecinales que luchan contra las fumigaciones, se reitera la denuncia de los obstáculos y perjuicios en los cultivos domésticos debido a la deriva de los agrotóxicos que se esparcen sobre los cultivos resistentes al glifosato⁴.

² Al respecto, los siguientes datos sobre superficie cosechada en Departamento Santa María son ilustrativos: Campaña 1991-1992*: Maíz 5.000 has.; Soja 105.000 has., Otros 34.400 has. Total de has cosechadas:144.400 has. Campaña 2015-2016**: Maíz 29.061 has. ; Soja 130.398 has.; Otros 21.087 has. Total de has. cosechadas:180.546. Campaña 2021-2022**: Maíz 76.708 has.; Soja 86.260 has.; otros 12.819 has. Total de has cosechadas: 175.787 has. (Fuentes: *Fuente Gobierno de Córdoba (1995). **Fuente: Bolsa de Cereales de Córdoba).

³ Si bien no hay datos comparables entre los Censos Agropecuarios de los años 1988, 2002 y 2008 para el departamento Santa María, debido a las grandes diferencias de la superficie censada, se infiere la concentración de la tierra a partir de la tendencia provincial. Los datos disponibles y comparables para el Departamento son los del 2008 y 2018 que muestran la desaparición del 31,7% de las explotaciones agropecuarias (EAP's) superando en casi 10 puntos la media provincial del mismo período y evidenciando una curva ascendente que aún no conoce los límites de la concentración de la tierra.

⁴ Al respecto, se sugiere ver las declaraciones del "Colectivo Paren de Fumigar " disponibles en

La delimitación de la línea que se interpone entre los cultivos y la zona urbana de los pueblos es conflictiva y se va moldeando de acuerdo a los logros de estas luchas de vecinos que se defienden de los efectos de los agroquímicos. En el marco de estas protestas se forjan propuestas que dan lugar diversas ordenanzas que regulan el uso de estos productos en la región, como la Ordenanza 14/2013 que prohíbe su uso en el ejido de Anisacate y la 9375/12 de la Municipalidad de Alta Gracia, que delimita áreas para la utilización.

Los relatos de algunos pobladores describen la transformación de la vida laboral y las ocupaciones cotidianas a partir de estos cambios en la estructura productiva. Así, la Sra. Peralta de B° Villa Río cuenta que

“antes las mujeres trabajábamos en las casas (sic), los hombres se dedicaban a los animales y, cuando los llamaban, se iban hacer algún alambrado, a las cosechas o la desflorada del maíz a las estancias o a otras partes. Hoy ya no están esas estancias y se trabaja en otras cosas, en las obras, en los negocios, en las casas de familia...”.

De algún modo la relación con las producciones agrarias se va transformando y alejando de la vida cotidiana de parte de la población, que comienza a vender su fuerza de trabajo en otros rubros crecientes de la economía local.

De manera concurrente en este período se desarrolla el crecimiento de la urbanización que también afecta de manera determinante el paisaje, las relaciones y la vida de la región. Diversos factores confluyen para que se desarrolle en el valle de Paravachasca un proyecto urbanístico que replica características comunes a los de otras regiones, pero que se particulariza en propios procesos territoriales.

Este proyecto se plasma en las acciones de diferentes actores que confluyen y se enlazan. El Estado lo promueve a través de normas, políticas y obras relacionadas a servicios y accesos. A su vez, es ejecutado por el sector desarrollista, localmente integrado por propietarios o poseedores de extensiones, que con inversiones básicas materializan el loteo diseñado antiguamente sobre los planos de la tierra que disponen, y por empresas que desembarcan en mayor medida en estos últimos 15 años, que generan grandes inversiones en nuevos fraccionamientos. El objeto de este sector es la acumulación del capital a partir de la venta de terrenos para satisfacer la creciente demanda habitacional que proviene fundamentalmente de otros puntos geográficos.

<http://parendefumigar.blogspot.com/search/label/Conclusiones%20y%20Organizaci%C3%B3n%20de%20Trabajo>

En Paravachasca la obra pública se desarrolla fuertemente en estas décadas posibilitando condiciones de habitabilidad propias de los estándares ciudadanos y mejorando así las oportunidades de negocios de los desarrollistas. La red asfáltica se densifica y expande de manera sostenida, inicialmente en 2012 con la inauguración de la autovía Córdoba-Alta Gracia que se realizó sobre la traza de la septuagenaria ruta RP5, y posteriormente con el asfaltado de más de 80 kilómetros de antiguos caminos que unían parajes rurales y vías secundarias, como lo son las actuales rutas C45, E56 y S523. Éstas comunican a la región con distintos valles turísticos de Córdoba, a la vez que facilitan la conexión con vías nacionales como las rutas N° 9 y N° 36. Actualmente se está construyendo la autovía sobre la trama de la ruta C45 en el trayecto que une la ciudad de Alta Gracia con la Autopista Nacional N°20, sobre la cual se construyeron y están en proceso de loteo numerosas urbanizaciones cerradas. También se está materializando la Alternativa Ruta 5, un tramo de 28 Kilómetros entre las localidades Villa del Prado y Ciudad de América, que genera importantes controversias con vecinos organizados en la Asamblea Paravachasca que reclaman el respeto al monte y la fauna nativa, y denuncian la afectación de las cuencas a partir de esta obra.

De la misma manera, las conexiones domiciliarias de energía crecieron abruptamente en los últimos 15 años⁵, de tal modo que la Empresa Provincial de Energía Eléctrica debió construir en el año 2022 la Estación Transformadora Alta Gracia Norte para fortalecer el sistema de distribución de energía eléctrica que estaba diseñado para abastecer a una población muy inferior a la actual. A su vez, el gas domiciliario y el internet por medio de fibra óptica comienzan a expandirse lentamente a partir de la obra que implantó el gasoducto troncal y la fibra en el margen de estas rutas en el año 2019.

El Estado, a través de las normativas, también interviene acompañando y promoviendo el proyecto inmobiliario. La ley provincial N° 4146, del año 1949, regula los fraccionamientos de la tierra y es complementada con ordenanzas municipales que son las herramientas de control del proceso por parte de los funcionarios locales. Pero la norma provincial que probablemente haya influido de mayor manera en el desarrollo urbanístico de la región, y propiciado procesos de despojo, es la ley N° 9150 que creó el denominado “Registro de poseedores” en el que se inscriben aquellos que acreditan ocupar de hecho una superficie cuya titularidad es de un tercero. A partir de esta ley

⁵ De acuerdo a los registros de la Cooperativa de Energía y Servicios Públicos Anisacate Ltda., que abastece de energía a gran parte del valle, los medidores de energía domiciliarios en el año 2008 eran 1990, y actualmente superan los 8500.

se sucedieron una serie de mecanismos a partir de los que aquellos pobladores que habitaban las tierras sin título a su nombre las pierden, y otros las adquieren con fines residenciales. Intermediando esta redistribución se encuentran especuladores, indirectamente funcionarios locales, y los gobiernos del lugar. La conflictividad del proceso se expresa en cotidianos hechos de violencia que documentan los periódicos locales, y parten de la resistencia de algunos a perder su terreno, o por el reclamo de la titularidad o posesión de un mismo lote por parte de distintos sujetos.

Esta debilidad jurídica en torno a la propiedad y la posesión de la tierra, habilitó otros mecanismos para la apropiación de terrenos como lo son las *tomas de tierras*. Con esta estrategia sectores territoriales fueron ocupados de hecho, por sujetos colectivos e individuales, que contaban con el recurso del conocimiento jurídico, con el de la organización o con una fuerte necesidad habitacional. Estas metodologías también han generado importantes sucesos de violencia y confrontaciones entre vecinos, con los especuladores, con agentes comercializadores formales e informales y con las empresas encargadas de lotear⁶.

Todos estos factores se asocian al crecimiento poblacional exponencial de las últimas décadas. Los resultados preliminares del Censo 2022 confirman que, en un lapso de 12 años, la sumatoria de la población de las localidades que comparten la costa de los ríos Anisacate y Los Molinos, asume un aumento del 112.9%. Es decir que, actualmente, habitan la zona un total de 17.964 personas, en el mismo lugar que hace poco más de una década vivían 8.438, y en 1991, 4289 habitantes⁷.

Así, la vida cotidiana y el territorio en Paravachasca se va transformando. Pobladores que nacieron en el lugar, observan y viven todos estos cambios, a veces con una contrariedad que se explicita en las entrevistas, viendo cómo llega el *progreso inevitable* que va diluyendo la vida rural. Muchos de estos vendieron sus ovejas, cerdos y cabras, y reforzaron sus gallineros para no incomodar a los nuevos vecinos. También están aquellos que van llegando, que buscan una vida más apacible, en contacto con la naturaleza, o que simplemente intentan resolver sus necesidades habitacionales en estos lugares donde la oferta de terrenos abunda y no tan lejos de la ciudad. Se va componiendo una sinfonía, a veces no tan armoniosa, que entrama diferentes voces, intereses, identidades, en la que se encuentran distintas formas de mirar, interpretar, hacer y sentir el mundo, diversos proyectos de vida que eventualmente se encuentran en colectivos.

⁶ Véase para ejemplificar <https://latinta.com.ar/2017/10/preocupacion-en-anisacate-por-inminente-desalojo-de-vecinos/>

⁷ Estas cifras fueron obtenidos de los datos provisorios del Censo Nacional de Población del año 2018, los definitivos del 2010 y de 1991.

En ese sentido, esta transformación del valle de Paravachasca expresa un proceso común, propio de este momento histórico donde el capital encuentra formas de seguir acumulando a partir de la apropiación y valorización de estos lugares rurales, para responder a la creciente y compleja demanda habitacional. Un proceso en el que se construye una trama social y material en un espacio donde no hace tanto otro modo de ser, hacer y sentir fluía en el territorio.

Racionalidad económica y extractivismo en el proceso de urbanización de Paravachasca

Los procesos de modificación de la vida de los territorios próximos a las ciudades que acontecen en estas últimas décadas, se asientan en la misma racionalidad que sustenta los modos extractivistas de acumulación del capital propios de este momento del ciclo de vida del capitalismo. Las cada vez más espesas manchas urbanas continúan creciendo con la formación de sucesivos círculos concéntricos, pero en la actualidad también lo hacen a partir de dispares ejes radiales que se expanden acompañando las vías de acceso a los nuevos lugares generosos para habitar. El poblamiento aparentemente descontrolado sobre estas zonas rurales, la implantación de grandes obras de infraestructura, el tendido de redes de diversos servicios *básicos*, la explosiva construcción de viviendas, complejos turísticos y habitacionales, la división de la tierra con cercamientos, la alteración de la flora y la fauna existente para adecuar las posibilidades de edificación y convivencia, entre otras manifestaciones, son aspectos de un fenómeno que se relaciona con aquella racionalidad económica fundada en la cultura y el pensamiento de la modernidad.

La necesidad de expansión geográfica del capital para colocar excedentes que permitan continuar acumulando, en un contexto global de crisis de sobreacumulación, se expresa en un “enjambre de maniobras de acumulación” por despojo que busca nuevas fuentes de riqueza en la naturaleza (Giraldo, 2018: 71). El valle de Paravachasca se ve invadido y afectado desde la década de 1990, tanto por el agro-extractivismo, que ingresa y hegemoniza la agricultura argentina en el marco de la nueva distribución internacional del trabajo (McMichael, 1998; Teubal y Rodríguez, 2002), como por un proyecto urbanístico que pone en valor y fracciona la tierra para su comercialización a gran escala. En estas estrategias se evidencian de manera renovada el modo “de significar el mundo, según los códigos de la ciencia económica y los supuestos simbólicos de la modernidad occidental” (Giraldo, 2018: 101).

Esta racionalidad económica se funda en supuestos y creencias que implican la necesidad de descubrir los elementos que guarda la naturaleza para ser explotados por el hombre, y en la concepción de esta como algo externo al sujeto, como un objeto pasible de conocerse, dominar y planificar para hacer más eficiente su usufructo por parte de quien está en el centro de la existencia. En las estrategias extractivistas que confluyen en las zonas rurales periféricas, se hace presente esta “búsqueda insaciable de desocultar cada elemento de la tierra para extraerlo y volverlo presencia disponible, y así convertirlo en recurso ‘útil’ para la acumulación económica y la valorización del capital” (Giraldo, 2018: 26). El elemento a extraer en la tierra fraccionada y comercializada del valle de Paravachasca tiene la particularidad de que lo convertido en valor de cambio serán características particulares que se le adjudican al paisaje, al territorio rural, y que sobresalen ante la decadencia citadina.

Nuevos valores, valores de cambio

La ciudad como lugar de vida está en crisis. Incluso Harvey (2012: 13) afirma que la ciudad tradicional ha muerto, asesinada por el desarrollo capitalista desenfrenado, víctima de su necesidad insaciable de disponer de capital sobreacumulado ávido de inversión en un crecimiento urbano raudo e ilimitado sin importarle cuales sean las posibles consecuencias sociales, medioambientales o políticas.

Convertida en una mercancía, la tierra urbana se ha convertido en escasa, y al no ser un bien producido socialmente, su precio se regula fundamentalmente por la oferta y la demanda. De este modo la urbe se torna cada vez más excluyente, hacinada e inaccesible. A la vez la calidad de vida urbana se convirtió en una mercancía, a la que se accede de acuerdo a la cantidad de recursos económicos que individualmente se dispongan. Así, las mayorías conviven y convivirán con diferentes niveles de hostilidad, de hosquedad, abarrotamiento y hacinamiento poblacional.

Sin embargo, la crítica a la ciudad no es nueva. Ya Frederich Engels describía en 1845 la penosa vida urbana de los obreros y las indolencias de “las grandes ciudades”. Joan Nogué i Font (1988) afirma que las críticas y propuestas de los socialistas utópicos y de los anarquistas, dieron lugar a proyectos de retorno a la vida “en el campo” que, ante el cansancio de la ciudad y en oposición al modo de vida que generaba el capitalismo en las urbes, inspiraron en la década de los 60’ –del siglo XX- experiencias de importantes migraciones a la zona rural de Francia y de Estados Unidos. En este marco el autor encuadra las migraciones *ciudad-campo* ocurridas después del Mayo Francés (1968) y las del movimiento hippie. Si bien estos fueron fenómenos

coyunturales, posteriormente, con la consolidación y difusión creciente de los principios del movimiento ecologista, se expandirá uno menos radical y anti-institucional, que más que buscar el ensayo de grandes teorías utopistas intenta “sencillamente, el hecho de vivir en contacto con la naturaleza en base a pequeñas comunidades...” (1988: 152).

En Latinoamérica este fenómeno se manifiesta de manera más evidente en la última década del pasado siglo cuando localidades serranas comienzan a crecer poblacionalmente junto a otros cambios que acontecen en el ámbito rural. María José Carneiro (1998: 56), analizando estas transformaciones indica que la sociedad fundada en la aceleración del ritmo de la industrialización pasa a ser cuestionada por la degradación de las condiciones de vida. El contacto con la naturaleza es, entonces, realizado por un sistema de valores alternativos, neo-ruralista y antiproductivista. El aire puro, la simplicidad de la vida y la naturaleza son vistos como elementos “purificadores” del cuerpo y del espíritu, contaminados por la sociedad industrial. El campo pasa a ser reconocido como espacio de ocio o incluso de residencia.

De este modo, lo rural comienza a ser valorado por algunos sectores por ciertas características que se le asignan, quizás fundadas en aquel conjunto de representaciones sobre el mundo natural intocado o intocable en el que se presentan, según Dieguez (2000: 56) elementos míticos, que reportan a la idea del paraíso perdido, de la belleza primitiva de la naturaleza anterior a la intervención humana, de la exuberancia del mundo natural que lleva al hombre urbanizado a apreciar lo bello, lo armonioso, la paz interior proveniente de la admiración del paisaje intocado.

Con la naturaleza convertida en mercancía por la racionalidad económica, también se mercantilizan las conductas ecológicas y los valores culturales, incluso se la intentará “preservar” a través de su conversión en valores transables en el mercado (Leff, 2004). De esta manera, los valores reconocidos en lo rural, concebido como reducto de lo natural, se convierten en *valor de cambio* agregado al de la *tierra-mercancía*. La seguridad, la tranquilidad, lo impoluto, lo apacible, incluso “la participación en la vida comunitaria” (Wanderley, 2009: 219) del idílico mundo rural, son presentadas como características asociadas a la parcela y su entorno, y puestas en valor por el mercado inmobiliario creciente.

En este marco el capital *descubre* estas tierras, interpretadas como vacías desde los mapas satelitales y como contenedora de esa naturaleza que, resguardada en la calma de lo oculto y el silencio, la puede hacer presente como mercancía. Habrá una cuidadosa *planificación territorial* por parte de grupos económicos, cámaras de

desarrollistas urbanos y funcionarios estatales, que ejecutan obras y accesos que previamente se trazan en mapas en los que se dibujan tejidos reticulares que se densifican cerca de aquellas arterias principales que comunican con la ciudad. Formas geométricas que, de alguna manera, parecen redes de tuberías que extraen hasta su consunción, de los rincones de las sierras y espacios rurales, esos valores que pone a disposición el capital: la tranquilidad, la apacibilidad, la seguridad y el espacio que brindan los entornos naturales.

Pero este proceso, comparte a su vez otra característica fundamental y propia de los extractivismos: la extracción predatoria se realiza a partir del despojo y con indiferencia de las consecuencias socioambientales provocadas en los territorios, muchos de los cuales eran lugares de vida de comunidades excluidas de otros procesos productivos (Ravinovich y Arach, 2018; Arach, 2019).

Despojo, destrucción de la naturaleza y desagrarización

Tal como afirma Porto Gonçalves (2002), el territorio es una categoría “espesa” que presupone un espacio geográfico que es apropiado, material y simbólicamente, en un proceso de “territorialización”, en el que se constituyen y se inscriben identidades, que implican “territorialidades” dinámicas y cambiantes. De esta manera no es posible comprender su materialidad sin tener en cuenta la actividad humana, porque es fundamentalmente

una relación entre la materialidad y la inmaterialidad, sin separación entre lugar y población, [por lo tanto] la desterritorialización de los pueblos rurales que se ha venido agudizando en el mundo desde los albores del milenio, requieren necesariamente de una conjugación de desterritorialización material e inmaterial, de asociación entre la dominación político-económica y la dominación cultural-simbólica, sin que ninguna de las dos pueda darse por separado (Haesbaert, en Giraldo, 2018: 83).

Las transformaciones que tienen lugar en Paravachasca comprenden un proceso de desterritorialización, en el que se afectaron identidades productivas y modos de vida de la población, pero fundamentalmente, como también se describió, un proceso de desposesión de tierras habitadas que dio lugar a la constitución o ampliación de capitales. Este mecanismo es denominado por Harvey (2005) como “acumulación por despojo” poniendo en contexto la noción marxiana de *acumulación originaria* con la que se refiere a “la expropiación de la gran masa del pueblo, privándola de la tierra y de los medios de vida e instrumentos de trabajo...” (Marx, 1957) mediante la cual se

constituye la propiedad privada capitalista y la fuerza de trabajo formalmente libre que será explotada por el capital. Ante ello, el geógrafo propone que este mecanismo no es exclusivo de la prehistoria del capital, sino que es constitutivo, permanente y necesario para su constante necesidad de expansión, y hoy se relaciona fundamentalmente a la acumulación basada en la total transformación de la naturaleza en mercancía con la consecuente proliferación de la degradación ambiental.

En este sentido, el proceso descrito del Valle de Paravachasca no se desarrolló en una región resguardada de la lógica moderna o con características precapitalistas, ni sobre un territorio vacío como parece en los mapas satelitales. El extractivismo agrario y urbanístico se impone en una realidad ya integrada al circuito de acumulación del capital, donde habitaban economías campesinas, medianos y grandes productores que se integraban a una heterogeneidad poblacional creciente. La particularidad del proceso estudiado radica en el modo en que se territorializan en este momento histórico las creencias y valores que sustentan la racionalidad económica, y la particular forma en que se desarrolla el mecanismo de acumulación por despojo.

Los mecanismos utilizados para la apropiación y el despojo fueron diversos, más o menos fraudulentos y violentos según los casos. Los grupos domésticos que vivían en esos predios fueron mayormente despojados, muchas veces a la fuerza, con disposiciones legales o no, otras veces con mecanismos mentirosos o de consensos fundados en el desconocimiento de los marcos normativos⁸. De esta manera miles de lotes, de las distintas localidades del valle, sin intercambio de dinero mediante, quedaron en manos de especuladores y vendedores, algunos formalmente constituidos como inmobiliarias o bien organizaciones informales y anónimas en las que los testimonios dan cuenta de la participación de funcionarios locales.

La afección a la naturaleza en su conjunto es grave. Tanto la imposición de las líneas rectas de los loteos, de las redes asfálticas y de servicios, cortan y afecta los ciclos naturales de la flora y de la fauna, como lo hacen la imposición de suaves y ordenadas curvas de parques y jardines con flora que va reemplazando al enmarañado monte nativo que está al punto de su extinción. A su vez la deficiencia y la ausencia sistemas de tratamiento cloacal contamina aguas abajo arroyos como el *Chicamtoltina* y el río

⁸ Uno de los requisitos para la inscripción en el “Registro de Poseedores” es la presentación de quienes atestigüen la posesión pacífica y añosa de la persona que se inscribe sobre el bien en cuestión. En muchos casos, antiguos pobladores relatan que personajes foráneos, empresarios o allegados a autoridades locales, declaman como propias las tierras en las que ellos viven y producen desde hace años. Con el fin de apropiárselas y con amenazas de desalojarlos ante la precariedad de la tenencia, les proponían “hacerle los papeles” del terreno donde estaba la vivienda a cambio de que ellos renunciaran a reclamar e inscribir esos otros lotes que constituían el predio.

Anisacate. Aguas arriba este curso ha sido perforado y embalsado para dotar de agua a la creciente población, poniendo en riesgo su caudal, la flora y la fauna que conviven con él. Los desechos domésticos, que crecen al ritmo de la población, cuentan con sistemas precarios de recolección y ausencia de tratamiento; su depósito, en el ejido de algunas localidades, se realiza a orillas del río contaminando el agua. El cercamiento, los ruidos y la mayor densidad poblacional van expulsando la fauna no humana a otros sectores más alejados, y cada vez más escasos, donde pueden reproducirse y vivir con menos riesgos. Centenas de seres humanos y no humanos mueren anualmente en las rutas altamente transitadas. Así, la lógica urbano capitalista de habitar los espacios ha trasladado muchos de aquellos problemas de inseguridad, contaminación, estrés y salud a este espacio geográfico, socavando y agotando aquellas características que incrementaron el valor de cambio que impulsó la comercialización de estas tierras. Pero ante esta depauperación, el capital propone el corrimiento de la frontera urbanizada, nuevos anillos que circunvalan la ciudad. Nuevas rutas, tendidos de servicio y loteos vuelven a renovar las posibilidades de extender el negocio a lugares cada vez más recónditos, hasta el infinito, como ese “mito del progreso” (Gudynas, 2016) sin fin en el que se inspira el proyecto.

En este contexto, se da un proceso de *desagrarización* de la vida del territorio, en el que los sujetos que disponían prácticas agroproductivas, y que venían atravesando paulatinos procesos de proletarización, en la actualidad se encuentran mayormente insertos en trabajos no vinculados a la tierra, y dispersos en una mayoría de recién llegados. Se encuentran despojados de sus tierras, cercados y con sus predios reducidos; con vecinos nuevos de diferentes identidades e idiosincrasias, que a veces no son compatibles con ciertas producciones domésticas. A su vez, la extensa actividad agroproductiva no requiere de masiva mano de obra, por lo que la venta de fuerza de trabajo se orienta al mercado de aquellas actividades que hoy tienen una demanda creciente: la obra pública, la construcción, el mantenimiento de parques y jardines, los trabajos domésticos para terceros, el comercio o el empleo público. En este sentido la desterritorialización implicó un proceso “de desestructuración de sus mundos, modos de producción, temporalidades, significados y sentires” (Giraldo, 2018: 84) para poner los cuerpos en función del proyecto de acumulación del capital que transforma el territorio.

Así, el valle de Paravachasca se torna con una imagen cada vez más ordenada a los preceptos de la modernidad. El régimen de verdad impuesto por el discurso del progreso y el desarrollo allana el camino para que el desplazamiento de la población y la escisión de los pueblos con sus territorios de vida no sea solamente física. Sin

embargo, el bloque monolítico del progreso tiene sus grietas en las que germinan movimientos diferentes, luchas, resistencias y re-existencias.

Esperanzas que germinan en las grietas

El territorio definido como una relación, implica su sentido procesual y conflictivo en el que sectores disputan con sus diferentes modos de estar en la tierra. En este transitar las comunidades van construyendo el espacio, el territorio y su relación con la naturaleza (Gonçalves, 2002a). Es decir, no es un objeto concluido y moldeado por una fuerza externa, ni los habitantes son agentes pasivos que se subordinan simplemente al orden impuesto por el capital reproduciendo mecánicamente visiones del mundo. Las formas de conocer, hacer y ser no son independientes del contexto en que viven; y, como se describió, el cambio es lo cotidiano en el valle de Paravachasca.

Tal como afirma Giraldo (2018: 123) “no por enunciar metáforas propias de las ontologías modernas, o insertarse al mercado, [se] pierden de inmediato la visión de sus mundos”, dado que las visiones se construyen en la relación con el espacio y con los otros. La materialidad del territorio en cuestión es muy dinámica, ya que los proyectos del capital son dinámicos y conflictivos; aquellas visiones y relaciones también van cambiando y no son homogéneas. En este marco, las formas de conocer, ser y de hacer acompañan y promueven transformaciones, generan experiencias alternativas de vivir, y particularmente de producir, que no necesariamente son funcionales a la acumulación del capital. Incluso, a veces se constituyen en contrarias, resistentes a la misma y aportan colores y formas distintas al paisaje.

La visión del mundo de los habitantes del valle se ha visto afectada también porque ellos han transformado el lugar habitado, van construyendo historias y símbolos en torno a su relación con la tierra y el territorio que construyen. En cierto sentido, todos son nuevos habitantes, ya que nadie vive en el mismo lugar que vivían algunas décadas atrás. Algunos han visto los abruptos cambios y conviven con los fuertes dispositivos de la modernización en el lugar en el que han nacido e incluso vivencian transformaciones prediales que afectan la producción doméstica. Pero esto no implicó la desaparición de estas producciones de alimentos que, en muchos casos, se han transformado, han incorporado nuevos conocimientos y han articulado nuevas estrategias organizativas individuales y comunitarias.

Por su parte, para los habitantes que van llegado, el territorio donde viven tampoco es el mismo. Desembarcan con expectativas, intereses y cosmovisiones, que al encontrarse con la realidad que muchas veces contrasta con aquella bucólica imagen

que compraron, se ven interpelados y, necesariamente, se transforman. A la vez evidencian el deterioro de aquellas características valoradas y por las cuales llegaron invitados al lugar. En la medida que transcurre el tiempo y avanza el *progreso*, hay lugar para la interpelación a las bondades de este *desarrollo* ya que el río se seca, el monte desaparece, la tranquilidad ya no es tal y el tránsito abrume. Pero también se descubre que se puede comer sembrando, que con la fruta se puede hacer el dulce para todo el año, que convivir con las gallinas y los pollos que aportan el sustento diario no resulta tan complejo, que “la gente de la zona sabe cómo se hace”, y que se puede hacer respetando a los otros.

De esta manera, y con este diverso tejido social, se van desarrollando distintas experiencias de vida, de producción de alimentos y de trabajo con la tierra, que marcan un proceso de franca *reagrarización* del territorio donde la actividad agrícola va adquiriendo otra presencia en la vida local y se vincula a prácticas diferentes y novedosas con respecto a las tradicionales.

Desde hace tres décadas, el Programa Pro Huerta del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) otorga paquetes de semillas para la producción huertas con lo que se fortalece esta práctica ya arraigada en todo el valle. Entre los años 2015-2019, la cantidad de semillas entregadas se redujo, y un grupo de vecinos organizó una compra directa para 400 familias a una cooperativa de productores de la provincia de San Juan, que a partir de allí quedó establecida como una práctica que genera mayor independencia para la siembra de verduras. A su vez, en el marco de estas acciones se conformó un grupo a partir de redes sociales, en el que participan activamente centenas de vecinos con intercambio horizontal de conocimientos, sobre propiedades de las plantas, técnicas agroecológicas de cultivo, intercambio de especies y semillas, y otras prácticas productivas. También algunos, aprovechando tierras disponibles realizan experiencias colectivas de producción de verdura en mayores dimensiones, asociándose hijos de antiguos productores de la región y nuevos vecinos interesados en los cultivos y con algunos conocimientos de agroecología.

El sistema de compras comunitarias se estableció como un modo de proveerse de elementos necesarios para la producción en el ámbito doméstico. Diferentes experiencias garantizan el acceso a pollos, gallinas, maíz, balanceados, plantines o frutales a precios justos, y permiten construir vivencias basadas en la confianza y el trabajo solidario. Con este sistema, por ejemplo, desde la coordinación de la Asociación Civil GETAL y vecinos de las distintas localidades del valle, se han obtenido más de 8000 frutales y 3000 aves de corral en el transcurso de los últimos 8 años, en sucesivas campañas. El momento de la distribución de lo comprado se

consolida como un espacio de intercambio de técnicas de poda, de cultivo, de cuidados, de experiencias y otros conocimientos que trascienden lo técnico-productivo.

A partir de estas instancias organizativas se generaron también espacios colectivos de producción de pollos y gallinas, donde se colectiviza todo el proceso productivo en algunos casos, como el del grupo pre-cooperativo “La Loma” de la localidad de Anisacate, con utilización de infraestructura y espacios comunes. En otros, se cooperativizan solamente algunas instancias como la compra de insumos o la producción del alimento balanceado con equipamiento común.

En los últimos 5 años se han conformado algunas organizaciones, a partir de políticas de ingresos impulsadas por el Estado Nacional, nucleadas en la Unión de Trabajadores de la Economía Popular. En el marco de estas, cientos de personas reciben ingresos individuales (Salarios Sociales Complementarios) por medio de organizaciones políticas y sociales, que se autodenominan *movimientos sociales*, y han generado experiencias colectivas de producción de huevos, carne de pollo, miel, verduras, carne vacuna, insumos para la producción orgánica, que son consumidas por los trabajadores, vendidas en el mercado local o dispuestas en comedores comunitarios.

Son experiencias pequeñas que a veces se articulan en lo cotidiano con la lucha que paulatinamente se va estructurando contra la voracidad del capital inmobiliario que afecta los ciclos de la vida. Se desenvuelven en espacios cooptados por aquella fuerte racionalidad económica que se encuentra arraigada hace tiempo. Son prácticas, saberes y sentires que van emergiendo en las grietas de ese proyecto del capital que hoy tiene puesta su mirada más en la acumulación a partir de la venta de la tierra fraccionada que en la producción agropecuaria.

Experiencias potentes y en las que anclan proyectos de vida y nuevos modos de pensar, de hacer, de sentir, de relacionarse con los otros humanos y no humanos, en espacios cada vez más amplios y densos; donde los lazos sociales son más cercanos, los ritmos son más lentos, donde lo no humano está más presente y los ciclos de la naturaleza más evidentes. A su vez crean formas de conocer el mundo, de vivirlo y de producir alimentos que tiene características promisorias de cambios ontológicos más profundos, relacionados con modos horizontales de relacionamiento y procesos de crecientes autonomías.

Éstas efectivamente desarrollan modos de producción de conocimientos y de trabajo con la tierra basados fundamentalmente en saberes no centrados en los impartidos por los técnicos expertos, sino más bien que revalorizan la construcción colectiva de

los conocimientos a partir de los que más práctica tienen. Van generando de este modo sentimientos de pertenencia a un cuerpo social, la activación de los lazos comunitarios, la ayuda mutua (Giraldo, 2018).

En ciertos aspectos de la vida se van generando autonomías cada vez más crecientes en relación a la provisión de alimentos y a la resolución de otras necesidades. Cientos de habitantes que hace unos años no conocían otra forma de provisión de alimentos que no fuera la de la góndola del supermercado, en la actualidad producen sus pollos, sus huevos, frutas y verduras, se organizan para comprar sus insumos y para compartir generosamente conocimientos.

En este sentido, son modos de vida que se consolidan en contextos adversos pero fértiles para la generación de lo nuevo que puede transformar el proyecto desterritorializante.

Conclusiones

El valle de Paravachasca se encuentra en un proceso de transformación territorial que se vincula con acontecimientos globales propios de esta fase del capitalismo. Se enmarca en movimientos globales que se reproducen en distintos puntos del país y de la región, vinculados al modo en que el capital recrea su racionalidad económica y los mecanismos de despojo, que confluyen en estrategias extractivas de una naturaleza convertida en mercancía. Estos procesos globales se particularizan en el valle donde, a su vez, desde una trama social diversa y enmarañada -de sujetos recién llegados desde distintos puntos geográficos, antiguos habitantes con tradición productiva, trabajadores, entre otros- se desarrollan experiencias disidentes, alternativas, resistentes, que construyen realidades no absolutamente funcionales al proyecto tanático del capital sino por el contrario germinan con la tozudez del deseo de vivir.

En la región, la crisis y la crítica a la vida de las ciudades fue consolidando un movimiento migratorio ciudad-campo, que si bien cuantitativamente no revierte la tendencia general de las migraciones inversas, es el que aportó mayormente la población a este valle con características rurales. Esta demanda habitacional fundada en deseos de modos de vida alternativos, encuentra respuestas en las propuestas del capital inmobiliario que ha cooptado aquellos valores y los ha dotado de un carácter transable en el mercado, junto a la tierra y a la naturaleza, convertidas también en mercancías.

Este proceso en el valle de Paravachasca se desarrolló con mecanismos de despojo que han dejado sin posibilidades de producción a los cientos de familias que habitaban en la región desde hace décadas. En este sentido el despojo fue material, pero también arrancó del territorio prácticas, saberes e identidades productivas generando un proceso de *desagrarización* de la vida del territorio.

Pero de manera concomitante, el enmarañado y diverso tejido social ha generado un proceso que disputa el rumbo del territorio y del proyecto inmobiliario recreando la vida rural. Cientos de familias y colectivos que, desde un sentir, pensar y hacer vinculados a los principios de la agroecología germinan experiencias productivas, agrarias y de modos de vida, que implican un proceso de *reagrarización* en el que la vinculación con la tierra recrea su presencia territorial. Sin bien la fortaleza del proyecto hegemónico desterritorializante es inmensa, estas experiencias vividas se articulan, la interpelan y enfrentan su recorrido que extrae hasta el agotamiento aquellos valores que los sujetos buscan encontrar y construir en el territorio. La lucha es de resistencia al avance inmobiliario y sus consecuencias en la naturaleza, pero a la vez son como semillas de lo nuevo que germina en un terreno fértil todavía.

A su vez, estas son experiencias que, sin demasiados precedentes, aún no reconocen límites en su potencia transformadora. En términos especulativos y horizontes militantes, se evidencia el crecimiento de esta potencia de las multitudes en detrimento de la potestad del Estado en la conducción de procesos sociales. Esta realidad hace posible imaginar, pensar y sentir caminos emancipatorios en la medida que estas prácticas agroecológicas no sean cooptadas por las lógicas neoliberales ni reformistas, y transiten sobre principios sociales que guíen los procesos organizativos, políticos y no la despojen de su potencial transformador (Giraldo & Rosset, 2016; 2021).

Bibliografía

- CARNEIRO, M. J. (1997). *Ruralidade: novas identidades em construção*. En *Anais do XXXV Congresso da Sociedade Brasileira de Sociología e Economía Rural*, Natal.
- DIEGUEZ, A. C. (2000). *El Mito Moderno de La Naturaleza Intocada*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- GIRALDO, O.F. (2018). *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*. Chiapas, México: ECOSUR.
- GIRALDO, O. F., y ROSSET, P. M. (2021). *Principios sociales de las agroecologías emancipadoras*. En *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 58.
- GIRALDO, O.F. & ROSSET, P.M. (2016). *La agroecología en la encrucijada: entre la cooptación y los movimientos sociales*. *Revista Guaju*, 2 (1): 14-37.
- GONÇALVES, C. W. P. (2002). *Da Geografia às Geo-grafias: Um Mundo Em Busca de Novas Territorialidades*. PDF
- GONÇALVES, C. W. P. (2002a). *Geograficidade do Social: uma contribuição para o debate metodológico para os estudos de conflitos e movimentos sociais na América Latina*. En *Seminário Internacional Conflicto Social, Militarización y Democracia en América latina – nuevos problemas y desafíos para los estudios sobre conflicto y paz en la región*, Buenos Aires. 16 y 18 de Septiembre. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y Agencia Sueca de Desarrollo Internacional.
- GUDYNAS, E. (2016). *Teología de los extractivismos*. En *Tabula Rasa*. 24: 11-23.
- Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión*. Buenos Aires: CLACSO.
- HARVEY, D. (2012). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal
- JUNCOS, N. E. (2009). *La Junta de Temporalidades de Córdoba: Fernando Fabro y el Colegio Máximo*. En *Revista. Fuent. Cong.*, 3(5), 21-27. Recuperado de http://www.revistasbolivianas.ciencia.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1997-44852009000300005&lng=es&nrm=iso
- LEFF, E. (2004) *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Mexico: Siglo XXI.
- MARX, C. (1957). Capítulo XXIV del Capital. La llamada acumulación originaria. En C. Marx, & F. Engels, *Obras escogidas* (págs. 238-241). Moscú: Editorial Progreso.

MASSEY, D. (2004). *Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización*. En *Revista Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, (57), 77-84.

MAFFINI, M. A. (2022). *Turismo y Territorio: La "turistificación" de Traslasierra (Córdoba, Argentina)*. En *Revista Universitaria de Geografía*, 31(1), 16-18.

McMICHAEL, P. (1998) *Introduction: agro-food system restructuring – unity in diversity*. En McMICHAEL, P., *The global restructuring of agro-food systems*. Ithaca: Cornell University Press

NOGUÉ, J. (1988). *El fenómeno neorrural*. En *Revista Agricultura y sociedad*, 47(1), 145-175.

SALAS, O. (2022). *Se presenta la «Historia de Valle de Anisacate», contada por Oscar Salas*. Diario Tortuga, 24 de Febrero. Disponible en: <http://diariotortuga.com/home/se-presenta-la-historia-de-valle-de-anisacate-contada-por-oscar-salas/#:~:text=Un%20loteo%20trunco%20que%20sembr%C3%B3%20futuro&text=Ah%C3%AD%20comenz%C3%B3%20el%20trabajo%20de,Oscar%20Salas%20nutri%C3%B3%20su%20relato>.

TEUBAL M. Y RODRIGUEZ, J. (2002). *Agro y alimentos en la globalización: una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena.

WANDERLEY, M. B. (2009). *O mundo rural como um espaço de vida: reflexões sobre a propriedade da terra, agricultura familiar e ruralidade*. Rio Grande do Sul: UFRGS.